

**El silenciamiento**  
Olga Blázquez Sánchez

1.

He esperado mucho tiempo  
para poder escribir estas líneas.

He esperado a estar cansada,  
tan cansada como el polvo  
que cubre la madera de la estantería del salón.

He esperado a estar cansada, para que estas líneas  
se me derramaran: el hilillo de agua del primer deshielo;  
o el musgo salteado de gotas;  
o la lluvia de estrellas de verano.

2.

Me llamo Casiopea,

Casi...

quiero llamarme *casi*...

no llegar a llamarme.

Estar a punto de llamarme y fracasar.

Casi, casi: por los pelos; pero, no.

3.

He esperado hasta agotarme:  
hasta que esta carne  
ya no ha podido soportar más  
el peso de un *yo*.

El iceberg colapsa y cede sus aguas al mar.

Tanto cansancio acumulado...

tanto deseo que era la trampa de sí mismo:  
un desasosiego que empujaba cada segundo contra el siguiente  
en una amenaza de muerte constante.

¡Sé *tú!*

—me gritaba una brújula—  
pero yo ya no soy tan *yo*...

Destilo ajenidad.

4.

¿Te acuerdas de mí?

Yo no.

No me acuerdo de lo que era antes de desaparecer en este amanecer violáceo.

En realidad, sí que me acuerdo...

...pero eso ahora ya no importa.

5.

Hay un abismo que separa aquel *antes* de este *después*.  
No hay modo de recomponer la imagen de la memoria,  
porque —y esto que te digo has de guardarlo en las entrañas—  
la vida se retuerce con el sabor de un limón fresco  
y con el mito de la ropa tendida y alegre.

Pero no se puede,  
pero no se puede, ay...

6.

El calor sobre un risco de granito,  
las lagartijas,  
los buitres,  
las cabras,  
las jaras:  
todo eso no existe,  
¿me oyes?

Tienes que crecer —madurar—  
y tienes que saber que no puedes vivir  
en un cuento de libélulas: afirma los dragones  
y niega las lagartijas.

Pero, ¿tú en qué mundo vives?  
¿En el que quieres vivir?  
¡Bah!

Déjate de sueños,  
y de poemas,  
y de purpurina.

Afirma los duendes  
y niega los buitres.

Deja de fabricar fantasías  
y dedícate a lo importante:  
afirma las hadas  
y niega las jaras en flor.

Te digo que es mejor que habites  
la esquina de este desvelo  
solo si hay luna llena.

No es bueno que te quedes.

Deserta  
Huye.

7.

Olvidame

igual que yo olvido el agua.

Igual que el cuarzo se olvida de mi piel.

Igual que nadie recuerda si me vio aquí  
o allí.

Si me vio hoy

o ayer.

O si nunca me vio.

Nadie sabe si resulto familiar,

o si me parezco a casi todo el mundo,

o si no les recuerdo a..., pero...



8.

Uno de los deseos que más me entusiasmaba  
era la idea de pasar de puntillas: por el mundo, por el cielo, por tu lado.

Mi otro gran deseo era el chocolate.

Y todavía me quedaba pecho

para albergar una última querencia:

una duda constante.

Una desorientación.

Un no-rumbo.

Un no saber qué querer.

Y la danza.

9.

Estaba enamorada de mi enamoramiento,  
de esa inclinación del cuerpo hacia las cosas.  
Estaba imantada y me atraía casi todo.

Casi, casi: ¡Casiopea!

Pero no se puede,  
pero no se puede, ay...

¿Estudias o trabajas?  
¡Estoy en paro, gilipollas!

Soñadora...

Pero no se puede,  
(calla)  
pero no se puede, ay...

10.

Tiene esta tarde de enero  
las horas contadas.

11.

Las paredes de la habitación  
se vuelven témpano y seda,  
azulea por todas partes el mármol  
—lleno de vetas grises—  
de una lápida con un nombre.

Todo ha de tener un nombre: el nombre que mata la inercia.  
Todo se atasca en el nombre: también tú misma.  
No te escondas: tú te llamas...  
(calla)

Pero no se puede,  
pero no se puede, ay...  
¡Casi lo dice!

Silencio.  
Silencio.  
Un tercer silencio y vuelve la voz incesante.

Tragedia:

Tienes un nombre, aunque no quieras pronunciarlo  
y ese nombre le pone cerco a tu cuerpo.  
Lo captura para que puedan saberte.  
¿Cómo, si no, podría hablar la gente de ti?  
Necesitas el nombre para que te insulten, mujer.

(calla)  
(calla)  
(calla)

12.

El nombre amansa a las fieras.

13.

Todo cuerpo que es autor  
de sus obras tiene un nombre  
que —a modo de caja—  
cierra y encierra la unidad de lo que *es*.  
¿Me entiendes?

Tú te llamas...

¡Casiopea!

¿Qué?

Casiopea me llamo...

No...

Que sí.

Mientes...

No.

Sí...

No...

¿Casiopea, dices?

Eso digo porque eso *es*.

14.

Hay un reguero de sangre  
que se evapora  
para formar tornados,  
sangre que riega  
el alquitrán,  
sangre que nutre las venas  
de un cuerpo distante de sí mismo.

15.

Un nombre saldrá a relucir,  
al final de estas líneas: no lo duden..

Un nombre se pronunciará  
como una sentencia  
que instituye lo real  
y garantiza el orden  
y el deber-ser.

No se preocupen: todo saldrá como siempre...

Y tú...

Tú, sí, tú: cuidado con lo que haces.



16.

He construido un *yo* ya en ruinas.

17.

Debería quedarme a dormir  
enredada  
en el aire.

Pero no se puede,  
pero no se puede, ay...

Debería quedarme sola  
disfrazada  
de nadie.

Pero no se puede,  
pero no se puede, ay...

Debería quedarme aquí  
hinchada  
de baile.

Pero no se puede,  
pero no se puede, ay...

18.

*Aire, nadie, baile:* esas no son maneras de nombrar un *yo*.  
(calla)

19.

¿Se puede ser el eco del ruido que sale de la piel?

No se puede, ay...  
¿qué se va a poder?

20.

Cuando silbas tus cantares  
en un alba de luces telúricas,  
se hace el día de repente,  
y se llena de pájaros  
el río.

No dices más que tonterías y cursiladas.

21.

Reconstruyamos los hechos:  
aquí hay un *alquien*  
cualquiera  
que dice llamarse Casiop...  
(calla),  
pero que, en realidad,  
renuncia al nombre  
y reivindica su derecho  
a *casi* llamarse,  
su derecho  
a estar en el abismo.  
¿es eso cierto?

Así es, su señoría.

22.

Vaya lastre tener un nombre.

23.

Me llamo por costumbre.

Si me llaman, voy.

Acudo.

Tengo un nombre al que me he habituado.

Pero esa no soy yo: son ustedes, que se llaman cuando pronuncian mi nombre.

Es un juego de espejos.

Prefiero esperar ese instante  
en el que el mar ya no refleja  
el mundo,  
ese momento  
en el que  
se hace negro y se hunde  
en su propia profundidad  
oscura.

Si se le deja ser, el mar alberga  
todos los peces.

Las redes  
contienen su fuga  
y lo pudren  
hasta que el agua  
refleja el ego  
de una humanidad  
que apesta  
a sí misma.

Si el mar pudiera ser inabarcable...

Pero no se puede,  
pero no se puede, ay...

Si la sal  
curara realmente  
alguna herida.

Pero no se puede,  
pero no se puede, ay...

El horizonte aspira a encontrarse  
al final de la recta tajante.

La esperanza es la otra cara  
de una moneda que rezuma temor.



24.

Ni espero, ni temo.  
Pero, a la vez, sí: tengo miedo y suspiro  
por cada tic-tac de un reloj  
que promete infinitos granos de arena.

El tiempo es lo que se te acaba: tu nombre será pronunciado  
al final de un verso.

¿De cuál?

Eso está por ver: lo que es seguro es que será el último.  
Y después vendrá un gran vacío.

Un silencio boreal.

25.

No se me puede acabar el tiempo,  
porque está hecho de eternidad.

Pero tú, no.

(calla)

26.

El cuerpo ancho  
como esta nebulosa  
que se adivina  
pálida sobre un cielo  
aún claro  
que no se decide  
a ser noche.

El cuerpo titilante,  
como los luceros  
de esta aurora  
que no termina  
de estallar  
en día.

27.

Casiopea es nombre de constelación;  
Caph, Schedar, Cih, Ruchbab y Segin, sus estrellas  
—cada una con su nombre, cada cual con su ser—,  
Casiopea, mujer de Cefeo, madre de Andrómeda,  
ofendedora de Nereidas,  
enemiga de Poseidón.

Casiopea, la que se vanagloria  
de su beldad:  
por eso me llamo Casiopea,  
porque no soy  
sino el producto  
de una historia ególatra  
de escrituras  
y Nombres Propios.  
Narcisismo.

28.

Tenía el cuerpo  
congelado  
en una duermevela  
de escarcha  
y todo el gesto erizado  
en un rictus de malestar:  
se presentaba  
de cara a la galería  
con un traje  
de luces,  
radiante,  
refractando  
toda imagen  
ajena.

Destruyendo el retrato, la biografía  
y el currículm vitae.

Rosetón de cristal descuartizado,  
tragaluz que engulle la velocidad  
despiadada de la identidad:  
quiero ser ausencia,  
desplegarme en un mundo  
que se apodere de cada órgano,  
de cada lunar,  
de cada respiración.

Existir en estado de pregunta.  
Devenir interrogatoriamente nada.

Pero no se puede,  
pero no se puede, ay...

¿Y si se pudiera?  
(calla, que te abrasas)

29.

Ea, ea, ea: se duerme  
la niña sin nombre.  
Y, en sueños,  
se vuelve cualquiera.

30.

Quiero ser torpe,  
escribir las erratas de todos los libros,  
ser el tropiezo de una caída,  
destilar podredumbre,  
marchitarme.

31.

Tú te llamas Nombre.



32.

La torpeza de la caricia  
temblorosa.

La distancia  
de la danza,  
cambiante.

La intimidad juguetona  
de la merienda:

el olor

alimonado

del cedrón

—también

conocido como

hierbaluisa,

o verbena de Indias,

o *Aloysia citrodora*...

¿Lo ves?

Cada cosa vacila

en su llamarse—.

La incertidumbre

del balbuceo.

La timidez

abismal.

33.

Tú te llamas.

Y dale...

Cuántas cosas no llevan nombre:  
qué difícil es nombrar una montaña:  
instituir la como unidad,  
separarla del resto de la geología  
con una simple pronunciación  
o un puñado de ellas.

El Everest

—también llamado

Chomolungma o Sagarmatha—:

un burdo resumen

de una inconmensurabilidad.

34.

Ya no vale de nada  
postergar más el momento,  
hipócrita de ti:  
firmarás este poemario  
con un nombre  
que es el tuyo.

Le pondrás título  
a este enjambre de palabras  
zumbón.

Y todo lo que has expuesto  
se quedará obsoleto  
de un plumazo.

Nombrarás esta parte del universo  
—este conjunto de páginas—  
y sellarás con una rúbrica  
el final de un instante,  
vuelto ya recuerdo-pasado-memoria.

(calla)

La autoría no es motor,  
sino resultado.  
El libro permanece entreabierto,  
nunca se cierra.  
El nombre  
es siempre pseudónimo.

Lo que quieras: pero atiende a lo que te digo:  
te llamas.

...llamas:  
sí, el fuego.

No cambies de tema...

No lo hago,  
permanezco literalmente agarrada  
a cada palabra que articulas.  
La poesía es el retorcimiento  
íntimo a partir de la afirmación  
de cada *esto*.

¿Qué dices?

¿Qué?

Por fin una pregunta.

Te llamas...

...llamas incandescentes.

(calla)

(callo)

Te llamas...

...llamas de hoguera de otoño.

Te llamas...

...crepito.

Te llamas...

Shhh, ¡cállate!

Pero no se puede,  
pero no se puede, ay...

35.

Qué eco aterriza  
en el valle,  
qué vaho  
alimenta  
la atmósfera  
lúgubre  
de este amanecer  
neblinoso.

La voluta es filigránica,  
vapor paisajístico:  
brocado barroco  
de realidad efímera.  
Confundo el exterior  
con los límites de mi cuerpo.  
Insuflador de distorsiones,  
catalizador de ambigüedades;  
cada cosa es tornasolada,  
iridiscente.

El hielo  
refleja  
y deja pasar  
a la vez:  
como un material  
contradictorio.

Su frío abriga.

Territorio jaspeado,  
veteado,  
desdibujado,  
emborronado,  
(re)movido,  
(re)corrido,  
sincopado,  
acoplado,  
entretejido,  
amalgamado,  
aglomerado,  
desplazado,  
intervenido,  
interrumpido,  
desordenado,  
mezclado,  
agitado,  
abrumado,  
fisurado,  
agrietado,  
desfigurado,  
desorientado,  
opacado,  
enturbiado,  
replegado,  
desplegado,  
arrugado,  
despiezado,  
perdido,  
desbordado,  
descuidado,  
asalvajado,  
raro,  
raro,  
raro —o enrarecido—:  
hecho un lío.

37.

Después del ocaso,  
la calma  
de un reposo  
en forma de paréntesis  
caldeó  
la piel sonámbula:  
la voz de aquel  
sobre-nombre  
—todo nombre  
es exceso de material—  
se fundió  
entre el bullicio  
de palabras  
y se volvió  
onomatopéyico,  
hasta devenir ruido.

Y, luego, nudo en la garganta.

Y, más tarde, silencio.

38.

Jaleo,  
festejo,

de día sin fecha,

y año sin calendario.

Las coordenadas se intuyen a tientas.

El tiempo lo marca el hambre, el sueño y la luz que muta.

La distancia se mide por pasos acumulados en un trayecto desde el dintel de la puerta hasta más allá...



39.

¿Cómo te llamas?  
¿Cuál es tu nombre?  
¿Quién eres?

40.

No lo sé.

No lo sé.

No lo sé.

41.

Pero no se sabe,  
no se sabe, ay...  
(calla)

42.

¿Cada cuánto tiempo  
se pronuncia un nombre  
que merezca la pena  
decirse?

43.

Nunca,  
nunca,  
nunca,  
jamás le pongas nombre a un copo de nieve.

FIN